

ANUNCIO IMPORTANTE

EN BUSCA DE UNA MARCA

Un individuo que nunca ha sido fusionista y es hoy persona grata al partido liberal y al mismo Sr. Canalejas, individuo que se perece por la popularidad y que tiene gusto en ser presidente de todas las juntas cuya presidencia se le ofrezca, hubiera también aceptado la de un lunch que se celebró en una fábrica de papel continuo situada en un pueblo que carece de ermita, tan solo por saber la marca del fino y rico Champagne que bebieron juntos D. José Canalejas y un Presidente de una Junta Regional del partido integrista, expresidente de una junta local del mismo partido y también expresidente (y dale con las presidencias) de una comisión de consumos y con la tan deseada varita, aunque no llegó a real y medio (digo) mes y medio.

Si alguno sabe la marca del Champagne, se le gratificará, por ser la única con que se puede recibir, obsequiar y agasajar, sin estar uno podrido, aunque se vaya a Dinamarca.

RECOMIENDO:

Que bebiendo Champagne de esa marca un Presidente simpático y haciéndose suscriptor de una Revista, puede tomar café, fumar, jugar, cabildear, consultar, conferenciar, murmurar y despellejar al prójimo sin pagar contribución, al amparo de una Redacción Católica y después verle y gozarle en la otra.

Alerta con las falsificaciones:

Pues por no usar la misma marca, uno de la casa tuvo que marchar seguidamente de Cajero a un Pueblo.... Santo.

— 244 —

fundiendo amantes el feliz cariño,
la noche larga en placido sosiego
juntos pasamos contemplando al niño.
Ella le mece, y con amante anhelo
yo invento coplas y en su faz respiro,
y en el vaiven de la crugiente cuna
es blando arrullo el maternal suspiro.
Dormido al dulce susurrar del canto
sonríe acaso porque yo le velo,
¡tiene mi niño misterioso encanto
rubio como los ángeles del cielo!
Ayer mi solo afán era tenerle.
¡Si yo un hijo tuviera!
Hoy mi solo temor es el perderle.
¡Ay! ¡Si se me muriera!

EUSEBIO BLASCO.

A LA MARQUESA DE SANTIAGO

¡Si yo un hijo tuviera
blanco, rubio, con ojos muy rasgados,
y que se sonriera
mientras su madre y yo del mundo aislados
cantáramos al borde de la cuna,
ya no quisiera yo mayor fortuna!
Esto pensaba viéndome solterón velado
en las noches de Enero, en que aterido
al volver del gran baile con el alba
me tendía en mi lecho fementido
puesta la mano en la naciente calva;
¡cuántas, cuántas pasé mirando al techo
horas eternas en desierto lecho!
Y entonces recorría
los recuerdos del baile ó de la orgía,
las impresiones en montón del día
y el temor del siguiente.
que había de pasar entre la gente,
visitando señoras,
fomentando amistades, tentadoras,

1901

Jueves 17 de Octubre

EL SOMBRERO DEL GENERAL

I

Vean ustedes cómo un hombre puede variar radicalmente de opinión en tres horas.

El veterano general Ataquines, dirigiéndose una tarde al casino pensando por la centésima vez en que su hija única, Angeles, debía tener algún quebradero de cabeza de carácter amoroso. Indicios no faltaban; pero ¿quién era el grandísimo pillo que le había sorbido el seso á la adorada niña?

En poco más de medio año fueron despedidas por el general dos ayas y tres doncellas, supuestas cómplices en el noviazgo de Angeles; como ésta era huérfana de madre, tenía él que ser un Argos, un Argos miope con lentes del número 6, por lo cual, á pesar de todas sus indagaciones, pesquisas y vigilancias, el novio no parecía por ninguna parte.

La única distracción del general era su partida de tresillo en el casino, de tres á siete de la tarde, siempre con los mismos contrincantes; y por cierto que sus continuas preocupaciones le habían originado algunos codillos, de esos que escuecen más por ser debidos á evidentes torpezas.

Aquella tarde, cuando el viejo militar regresaba á su casa, tuvo una inspiración, asaltóle de pronto una idea... ¡Soy un imbécil! (pensó). ¿Qué apostamos á que me traigo en el sombrero la clave del enigma? Mentira parece que no se me haya ocurrido antes, cuando este archigastado procedimiento postal debe datar desde la invención del forro en los sombreros... ¡Soy digno de un tontico-mio!

Y acertó de medio á medio el buen señor, que sin tener paciencia para llegar á su casa, metióse en un portal y sacó del forro de su sombrero de copa una esquela de finísimo papel, muy bien doblada... La leyó... ¡Cuántas majaderías! ¡Cuántos cielos y estrellas, y vidas, y suspiros! Vamos, vamos, que era para

enrojecer de vergüenza y de coraje pensar que él, con cuarenta años de servicios á la patria, se llevaba en la cabeza tantísima membrada.

¿Y la firma? Poldin... ¿Conque Poldin? ¿Qué mil bombas! ¿Poldin? ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Leopoldo, Leopoldo, Poldin...

El general volvió al casino, hizo reservadas preguntas al conserje, y enteróse de que el único Leopoldo joven y elegante, socio del casino, era un tal don Leopoldo Velayos y Sanchidrián.

II

Al día siguiente, antes de marcharse al casino, se encerró el general en su despacho, sacó del sombrero la cartita de su hija, y puso en su lugar esta otra, que escribió en un periquete, porque la tenía ya bien meditada:

«Sr. D. Leopoldo Velayos. Muy señor mío: No tengo el disgusto de conocer á usted, pero me basta para juzgarle el haberme enterado del procedimiento que ha venido usted empleando hasta ahora para comunicarse con mi hija; es usted un sinvergüenza y un majadero. (Escribió esto último en gruesos caracteres y con la misma cólera y cable que el moro Tarfe.)

Procure usted no ponerse al alcance de la punta de mi bota, si tiene interés en no recibir un aviso contundente allí donde el espinazo pierde su honesto nombre, como dijo no sé quién... H. Ataquines.»

Angels estuvo ansioso por el agujero de la cerradura, y cuando salió su padre á la calle rompió á llorar como una Magdalena. Corrió á la mesa de escritorio, y sólo pudo leer, al revés sobre el papel secante, las palabras gordas y cargadas de tinta sinvergüenza y majadero.

Entretanto iba el general calle arriba, muy satisfecho pensando en la cara que pondría aquel chisga'bis al leer la epístola que le disparaba, cuando se encontró con un caballero amigo suyo que venía del casino. Después de los saludos de rubrica, le preguntó:

—¿Conoce usted á un joven consocio nuestro que se llama Leopoldo Velayos?

—¡Ya lo creo! Muy simpático, muy inteligente y muy estudioso, es un chico de porvenir. ¿No ha leído usted su última obra acerca de la evolución social y el problema económico?

—No, señor; la última obra suya que conozco no trata de eso...

—¿Y su disertación en el Ateneo? Toda la prensa se deshace en alabanzas suyas: parece ser que ese muchacho es un orador de primera.

—¿Sí? El caso es que como yo apenas leo los periódicos...

Despidióse el caballero, y el general, en vez de seguir hacia el casino, volvió de nuevo á su casa.

—¡Qué diantre!—pensaba, encerrándose en su despacho.—Si ahora resulta que ese joven no es tan chisgarabís como yo me figuraba, opino que es demasiado fuerte la cartita que iba á endosarle... Habrá que suavizar los tonos.

Y escribió lo siguiente:

«Muy señor mío: No tengo el gusto de conocerle personalmente, pero convenga usted conmigo en que el procedimiento que ha empleado hasta hoy para comunicarse con mi hija, no tiene nada de correcto, y si mucho de ofensivo para mí. Supongo que de ahora en adelante no volverá usted á tomarse tales libertades, y me voy obligado á adoptar medidas muy severas.

Suyo atento s. s.—H. Ataquines.»

Sustituida esta carta por la anterior, volvió á salir á la calle el general, dejando á su hija hecha un mar de confusiones.

Al día siguiente, cuando al salir de la puerta misma tropezó con el opulento banquero D. Fabián Espinosa, íntimo amigo suyo.

—De buen humor tienes á tus compañeros de tresillo, ¿verdad?

—Me alegro de encontrarte,—contestó Ataquines cogiendo por un brazo á su amigo.—Dime: ¿conoces tú á un muchacho, socio del casino, que se llama Leopoldo Velayos?

—Mucho que le conozco; pero más aún á su padre, en cuya compañía he realizado algunos negocios de gran importancia. En cuanto á Leopoldo, sólo te diré que es hijo único y que heredará una millonada.

—¡Diablo! ¿De veras?

—Como que su padre es uno de los primeros accionistas del Banco de España!

—No me digas más.

Y el veterano militar volvió por tercera

vez á su casa, para sustituir la segunda epístola por esta otra:

«Distinguido joven: En vez de estropear el forro de mi sombrero con esquilas á Angeles, ¡por qué no se hace usted presente en mi casa, donde tendré sumo gusto en recibirla!

Suyo afectísimo,—H. A.»

A la puerta del despacho le aguardaba Angeles, que le dió un beso y le dijo llorando á lágrima viva:

—¡Papá, te juro que si le pegas á Poldin... me mero monja!

III

Cuando por fin entró el general en la sala del tresillo, eran ya las seis, y encontró su puesto ocupado por un joven que se levantó cortésmente al verle entrar.

Uno de los tresillistas hizo la presentación: D. Leopoldo Velayos, el general Ataquines; y añadió luego:

—Como tardaba usted tanto, este joven, que es uno de los más asiduos mirones de nuestra partida, ha tenido la bondad de sustituirle.

El general se descubrió, y alargando el sombrero al dueño de Angeles, le dijo, con no poca admiración de los presentes:

—Para que mi hija no se meta monja... hágame el favor de poner este sombrero en aquella perchera.

RAMIRO BLANCO.

MAQUINAS JACQUART PARA TELARES A MANO

Hay para vender 20, en buenas condiciones.

Darán razón en la tienda de la Isla de Cuba.

GARBANZOS

tiernos del Sauco, de Madrid.

Se ponen en el cocido, en seco, á las diez de la mañana, para comerlos á las doce del día.

Una arroba, 25 pesetas.
Una libra, 40 céntimos.

LEOPOLDO GADEA

Plaza del Mercado, 74 y 76.—ALCOY

El ferrocarril económico

de Villena á Alcoy

Como ampliación á las noticias que relacionadas con este ferrocarril, hemos comunicado á nuestros lectores, y en confirmación de lo que dijimos referente á que se había constituido en Barcelona una compañía con el capital necesario para terminar la construcción de este camino ferroviario, reproducimos con verdadero gusto, tomándolas de la «Gaceta de los Caminos de Hierro», las siguientes importantes noticias:

«Se ha celebrado una reunión en Barcelona para adquirir el ferrocarril de Villena á Alcoy, en su estado jurídico actual y en ella fué propuesto y aprobado el convenio de un grupo de capitalistas que ofrece lo siguiente:

A los acreedores de la Compañía calificados en el juicio de quiebra como del primer grupo, pagará sus créditos á razón del 25 por 100 de su importe nominal.

A los acreedores del segundo grupo se les pagará el 10 por 100.

A los acreedores del tercer grupo les pagará el 5 por 100.

Por cada 100 títulos de acciones de la actual Compañía de Villena, entregará 3 acciones del capital de la nueva Compañía. (Habrá convenido, dicit el importe del nuevo capital.)

Los créditos del primer grupo, importando pesetas 2.454.791 están formados por los acreedores refaccionarios personal y semejantes.

Los créditos del segundo grupo ascenden á pesetas 4.364.881 y se forman las obligaciones en circulación y las amortizadas con todos los cupones hasta la suspensión de pagos.

Los créditos del grupo tercero cuyo importe alcanza á 2.956.167 pesetas, son todas las deudas reconocidas á cargo de la Compañía que no figuran en ninguno de los dos anteriores.

De todo ello resulta que el grupo comprador adquiere por unas 1.500.000 pesetas efectivas, al Activo social, con 53 kilómetros en explotación desde Yecla á Bocairente y carriles acopiados para el resto de la línea y aun también para

— 242 —

comiendo en el hotel ó en el casino, gastando un dineral en pan y en vino y en guisotes menguados, tan mal servidos como bien pagados; vistiéndome tres veces, yendo al teatro á celebrar sandeces y á sentarme de espaldas al escenario para mirar con sin igual desprecio á la linda mitad de un millonario, que me tendría con sus guiños loco; aprovechando entero el intermedio, yendo al palco de al lado y al de enmedio á ver á la condesa ó la duquesa, y á decirles piropos de cumplido; acabado el teatro ir á otro mío á tomar dulce té con las amigas; urdir de amor diabólicas intrigas; oír murmurar sotto voce, en voz baja, al final de la noche, jugar al Baccarat; perder cien duros; cenar frío á las tres; pasar apuros para hallar al sereno; que me ha de abrir la puerta de mi casa, con un frío glacial que me traspasa; y volver á encontrarme solo y harto en el desierto de la noche, y sin calor en el cuarto.

«Si yo tuviera un hijo...» Esto pensaba yo; y hablando en mente con este pensamiento siempre fijo, recordando el pasado y el presente, pedía un porvenir á mi ventura, viéndome en mi corazón negro amargura, porque yo padecía nostalgia de un estado diferente.

— 243 —

porque la libertad con serlo, haslía si no le da calor la tiranía de un lazo de cariño permanente. ¿Qué me importan á mí ni el sol, ni el cielo, ni el aire fresco en rigoroso estío, ni el dilapidado suelo, que holla mi planta y que contemplo mío, porque nadie mis impetus domina, ni esclavo soy de obligación ninguna, si solo al fin mi corazón declina, feliz sin dicha, y rico sin fortuna?

Mecian una cuna

en esas noches de Diciembre frío, en un cuarto que había sobre el mío, y siempre que á dormirme comenzaba oía que sonaba la cuna de madera, cantando un villancico una niñera, con voz sentida y persistente empeño de darme envidia y de quitarme el sueño.

¡Con qué afán me casé, querida hermana! Tú no sabes aún todo lo entero del sí que dí, cuando á la fe cristiana respondí en el altar aquel: «¡Sí quiero!» y á no haber sido por mover la risa de los oyentes y la curia toda, debí añadir: «Y quiero y me precisa, si ha de valer mi boda, un niño rubio, que al cumplirse el año, me recompense del soñar de antaño.» (Pero este asunto que á tu alcance fio no era asunto del cura, sino mío.)

Y hénos aquí que en el amor del fuego

